

RESEÑA DEL LIBRO *DONDE SE TORCIÓ LA ECONOMÍA: EL ABANDONO DEL LIBERALISMO CLÁSICO POR PARTE DE CHICAGO*, DE DAVID COLANDER Y CRAIG FREEDMAN*

PETER BOETTKE**

Entre 1983 y 1993, Robert Skidelsky publicó una biografía magistral de John Maynard Keynes en tres volúmenes. Es importante señalar que tituló el segundo volumen *El Economista como Salvador* (Macmillan, 1992), para describir las actividades intelectuales y políticas de Keynes entre 1920 y 1937. Compárese con la forma en la que Erwin Dekker describe a los economistas de la Escuela Austriaca desde 1870 a los años 1930 en su brillante libro *The Viennese Students of Civilization* (Cambridge University Press, 2016). Es verdaderamente difícil imaginar una oposición más completa sobre las visiones del papel de los economistas en la sociedad que las sostenidas por Keynes y F. A. Hayek.

Cuando se concedió a Hayek el Premio Nobel de Economía en 1974, no dejó de poner de manifiesto este punto, para disgusto de su anfitrión y sus pares. En el banquete del Nobel, durante el brindis, dijo simplemente que si se le hubiese consultado, nunca habría estado a favor de conceder un premio Nobel a economistas, por la sencilla razón de que a ningún pensador económico debería nunca darse tal reconocimiento público, ya que proporciona un falso sentido de autoridad, que no puede atribuirse con seguridad a ningún economista. Pero Hayek no se detuvo ahí. En su conferencia del Nobel, titulada «La Apariencia de Conocimiento», realizó las siguientes afirmaciones. En primer lugar, comenzó señalando claramente que nosotros,

* El original en inglés de esta reseña está publicado en la revista *Economic Affairs* del *Institute of Economic Affairs*, vol. 39, número 2, junio 2019, pp. 291-294. El traductor al español de la reseña ha sido Jaime Torres Domingo.

** George Mason University. Email: pboettke@gmu.edu.

los economistas, hemos fracasado en nuestros esfuerzos a la hora de gestionar la macroeconomía de las economías occidentales. En segundo lugar, algunos economistas se ven impulsados a echarlo todo a perder, porque, equivocadamente, han adoptado una metodología apropiada para las ciencias de la naturaleza, pero inapropiada para las ciencias humanas, llamando a este error intelectual «cientifismo». En tercer lugar, Hayek señaló que una disciplina científica que, como resultado de un error filosófico, se espera que pueda producir un conocimiento práctico útil que de hecho es incapaz de producir, pero que actúa como si en cualquier caso pudiese producirlo, es una senda rápida hacia la charlatanería. Además, arguyó que esta charlatanería se ve protegida por los intereses creados dentro de la profesión económica y su relación con los agentes del Estado. En esencia, hay una alianza entre cientifismo y estatismo y hay incentivos que se autorrefuerzan, y que hacen difícil romper esta alianza, una vez que se establece. En cuarto lugar, Hayek arguyó que, a no ser que se oponga resistencia a esta situación intelectual, no sólo se convertirá a la ciencia económica en algo carente de valor en términos de conocimiento social, sino que también los economistas se convertirán en tiranos potenciales de sus conciudadanos y en destructores de la civilización.

El ensayo de Hayek fue vuelto a presentar por parte de la revista misma que él ayudó a editar durante su estancia en la London School of Economics: *Economica*. Un destino muy curioso para una Conferencia del Nobel, pero el mensaje de Hayek era totalmente extraño al espíritu general de los tiempos. Y sigue siéndolo, si leemos la autodescripción del papel de los economistas, tal y como sostienen Esther Duflo, o Al Roth. El economista como ingeniero social y la economía como ciencia que guía la organización de la sociedad siguen siendo la actitud dominante de la izquierda, la derecha y el centro del espectro político. Esta perspectiva da forma al estudio avanzado de la economía desde los puntos de vista metodológico y analítico. Pero esto no siempre fue así.

La transformación de la economía política clásica en ciencia económica y de la ciencia económica en ingeniería económica es el objeto del estimulante e importante libro de David Colander y Craig Freeman, *Where Economics Went Wrong (Dónde se torció la economía)*. Tengo algunas sutiles discrepancias con el libro, pero estas

son mucho menos interesantes que mi coincidencia general con su tesis central, por lo que me gustaría poner de manifiesto en esta reseña esos puntos de coincidencia.

La ciencia de la economía es diferente del arte de la economía política y el arte de la economía política tiene siempre que reconocer que, si bien todos somos iguales por naturaleza, como los economistas no tienen ningún estatus privilegiado en el proceso democrático de toma colectiva de decisiones, hay que sopesar e incorporar la pluralidad de valores en nuestras deliberaciones acerca de la política pública. Hay que practicar el arte de la economía política de una forma congruente con las demandas de una sociedad democrática que se gobierna a sí misma. De la misma forma que Adam Smith afirmó que la única diferencia entre el filósofo y el mozo de carga se encontraba en la mente del filósofo, en nuestro tiempo, la única diferencia entre el economista y el maestro de escuela se encuentra en la mente del economista. Somos iguales entre nosotros en la organización política democrática y ante la ley, y se pretende que en la democracia se llegue a un consenso por medio de la discusión, a un acuerdo, y no a descubrir la verdad profunda. La verdad es lo que tratan de conseguir las ciencias, pero proclamar la verdad en política es la vía hacia la tiranía.

Así que, ¿cómo vamos a practicar la economía y la economía política, si creemos en serio que esta idea del arte de la economía política es apropiada para una sociedad democrática que se gobierna a sí misma, en lugar de simplemente apoyar esta idea de boquilla, al mismo tiempo que se actúa como «expertos» que gobiernan *por encima* de nuestros conciudadanos, en lugar de intentar gobernar *con* ellos? El consenso posterior a la Segunda Guerra Mundial rechazó el primer liberalismo clásico desde Adam Smith a John Stuart Mill. Como escriben Colander y Freeman: «En el conjunto de la profesión, Paul Samuelson indiscutiblemente se convirtió en una de las primeras y más influyentes voces que estaban impacientes por desembarazarse del Liberalismo Clásico y sustituirlo por una política basada en la ciencia» (p. 46). Para los lectores de *Economic Affairs* lo más probable es que esto suene como a música celestial en sus oídos, pero consideremos su afirmación que aparece en la página siguiente: «Chicago puede haber ido un paso o dos por detrás de los pioneros del nuevo modernismo, pero

mostró pocos escrúpulos a la hora de descartar el enfoque del Liberalismo Clásico, formulando y adoptando, en su lugar, su propia versión de ciencia económica, que se oponía y enfrentaba a la versión de ciencia económica que se estaba proclamando».

La postura de Hayek de que la forma adecuada de concebir al economista es como un «estudiante de la civilización», era tan extraña a la Universidad de Chicago como al Instituto de Tecnología de Massachussetts, pero hay que considerar a la postura modernista como una ruptura decisiva con la gran tradición de la economía política tal y como la iniciaron los filósofos morales escoceses del siglo XVIII y los economistas clásicos británicos del XIX. Colander y Freeman identifican correctamente a Frank Knight y Jacob Viner como los líderes intelectuales clave de la antigua Escuela de Chicago durante el intervalo de los años 1920 y 1930. «Los estudiantes de postgrado y otros jóvenes economistas» [en toda la profesión], afirman (p. 43), «abrazaron la causa de que la teoría y política basadas en la ciencia proporcionaban la única base fiable para ambas»; pero también señalan que, al menos en los años 1930, «solo Chicago y la London School of Economics (donde seguían prevaleciendo Hayek y Robbins) mostraban algo que pareciese una resistencia persistente al abandono [del Liberalismo Clásico] en la era de la postguerra».

El abandono del liberalismo clásico sólo se extendería a lo largo de los años 1950 y 1960, de forma que la Escuela de Economía de Chicago, con Milton Friedman a la cabeza, es una criatura diferente de cuando Frank Knight era el principal intelectual. En su lugar, esa perspectiva de Knight se seguiría dentro de la Escuela de economía política de Virginia, pero este enfoque, a cuya cabeza estaban James Buchanan y Ronald Coase, se tropezó con obstáculos que, de acuerdo con Colander y Freeman, no podían superarse (véase pp. 102-119). Tanto el enfoque de la elección pública, como del derecho y la economía, se transformarían en las manos de otros en una dirección que se alejaba de la metodología liberal clásica, en lugar de seguir el enfoque de la Escuela de Chicago posterior a la Segunda Guerra Mundial. Como resultado, la contrarresistencia al abandono fue ignorada por la corriente principal de la ciencia económica, lo que dio lugar a que sufriesen, tanto la ciencia económica, como el arte de la economía política.

Pero podría ser útil profundizar un poco más en la Escuela de economía política de Virginia (de la que la George Mason University sigue siendo el baluarte final dentro de la profesión). Podría resumirse la postura de Buchanan en dos afirmaciones: En primer lugar, los economistas deben terminar con su costumbre de ofrecer consejo económico como si lo hiciesen a un déspota benevolente. En segundo lugar, los economistas, al debatir sobre las cuestiones de política pública, deben trasladar su análisis al nivel de las reglas y no limitar la discusión a políticas particulares dentro de las reglas. Esta es la «perspectiva constitucional» de Buchanan, que se refleja en su insistencia en que los economistas no deben nunca fijar unas distribuciones particulares de los recursos, sino que tienen siempre que escoger entre las diversas reglas del juego que den lugar a un patrón de intercambio y producción y, por lo tanto, de distribución.

Buchanan atribuye directamente su postura a la obra de Frank Knight y Knut Wicksell, pero también, a menudo señala la obra de su colega de la Universidad de Virginia, y también antiguo estudiante de Knight, Rutledge Vining. Después de que Buchanan dejase la Universidad de Virginia, escribe en una carta del 8 de marzo de 1974 a Vining: «Lo que me preocupa, cosa que usted no expresa tan directamente como yo lo hago, procede del paso dado por un asistente profesional tan idealizado cuando asume el papel de proponer unos cambios en la estructura como si tuviese una línea directa con Dios. Esa es la arrogancia de la que hablo y que pienso que también preocupaba a Frank Knight». Pero la carta de Buchanan sorprende al lector de hoy, porque el economista del que dice que viola estos límites no es otro que Milton Friedman. Friedman, escribe Buchanan, «piensa y habla como si estuviese diciendo a la gente lo que deberían querer, en términos de valores básicos, lo que no es en absoluto su papel, o al menos así lo pienso. Esto es un comportamiento arrogante, en el que no habría caído nunca Knight». Buchanan admite que es extremadamente difícil evitar caer en esa trampa, pero concluye que, sin embargo, «deberíamos evitarlo siempre que sea posible».

De forma que ¿qué deberían hacer los economistas políticos clásicos liberales? Cuando Buchanan asumió la dirección del Thomas Jefferson Center for Studies in Political Economy, arguyó que el objetivo era:

«continuar la honorable tradición de la «economía política» —el estudio de lo que contribuye a una «buena sociedad». Los economistas políticos subrayan los principios económicos técnicos que hay que entender para evaluar las condiciones alternativas dirigidas a promover una pacífica cooperación y especialización productiva entre los hombres libres; pero los economistas políticos van más allá y tratan sin más de poner en primera línea las cuestiones filosóficas que subyacen necesariamente a todas las discusiones acerca de las funciones adecuadas del gobierno y todas las medidas de política económica propuestas, examinando los valores filosóficos necesarios para la congruencia entre sí mismos y el ideal de la libertad humana.»

Yo señalaría que estos «objetivos» son completamente congruentes con la clase de *metodología* liberal clásica que discuten Colander y Freeman en su libro, y que debería yuxtaponerse al enfoque del «gobierno de los expertos», ya sean de la derecha, izquierda, o centro. Sería útil leer el libro de Colander y Freeman en paralelo con *Escape from Democracy* (Cambridge University Press, 2017) de David Levy y Sandra Peart y *Expert Failure* (Cambridge University Press, 2018) de Roger Koppl, así como el clásico más antiguo de Vincent Ostrom, *The Intellectual Crisis in American Public Administration* (University of Alabama Press, 2007). Es una denuncia, al igual que todas estas otras obras, del esfuerzo de considerar que la economía proporciona la capacidad técnica que permite el uso eficiente y juicioso de la política pública para erradicar los males sociales. No se trata de un esfuerzo de ignorar los males sociales o minimizar su importancia, sino de organizar la forma en la que discutimos sus soluciones y el papel que juegan los economistas en una sociedad democrática.

Recomiendo este libro de Colander y Freeman a los lectores de *Economic Affairs*. Hay un tesoro oculto de información en sus páginas y una gran sabiduría en su mensaje principal.

Peter Boetke
George Mason University
Correspondencia
Email: phoetke@gmu.edu